

mundo corrompido presenta su encantador panorama y escita al goce de los placeres que siempre brinda en hermosa y dorada copa; al par que la carne, tercer enemigo del hombre, trata de ahogar en él los gritos del espíritu. Sentados estos antecedentes, vemos aquel jóven de quien venimos hablando, que empieza á ser incrédulo contra la enseñanza que ha recibido, y empieza por el camino de las dudas, aun antes si se quiere, que sepa discurrir ni aun leer. El mundo le enseña lecciones que le deleitan, le incita á los placeres que la religion condena: la sociedad le enseña á ser sensual y la religion le advierte que hay penas de eterna duracion para el que se entrega á la corrupcion de costumbres: su posicion le hace adquirir orgullo é hincharse de soberbia, y la religion le hace saber que Dios comunica su gracia al humilde, y resiste al soberbio. No me gusta, esclama aquel jóven, una religion que no me deja libertad para obrar, y que en su austeridad me prohíbe gozar de cuanto el mundo me ofrece. Precisamente todo lo que nos enseña la Iglesia debe ser por atemorizarnos, y no porque Dios intervenga en nuestros actos. Como veis, en estos nace la incredulidad, cuando nacen los vicios, y conforme estos se van desarrollando, va haciendo progresos la incredulidad. Si la religion les dijera: «vive segun tu capricho, enorgullécete si tu posicion es ventajosa, apodérate de los bienes ajenos si eres pobre, goza de todos los deleites, y no reconozcas autoridad alguna, pues que dependes únicamente de Dios que te ha hecho libre, y te ha colocado en medio del mundo sin darte ley alguna, y solo para que goces,» en este caso, la religion que tales lecciones diera, no se pondria en duda, ni el jóven

la negaria. ¡Ah! Vergüenza es oír á esos filosofillos imberbes que creyendo saber algo, cuando todo lo ignoran, así entran en una cuestion de controversia cristiana, como entablarian una cuestion por un asunto de juguete ó entretenimiento.

Por lo dicho conoceréis que la incredulidad en los jóvenes no es ilustrada; antes por el contrario, es producto de una razon débil. ¿Qué precauciones pueden haber hecho en su corta edad, y que estudio profundo para poder separar la verdad del error? No hay cosa en el mundo de mas importancia que es la religion, pues que de ella pende la vida ó muerte eterna. Y cuando tanto tiempo se emplea en decidir un negocio del que penda el aumento ó la disminucion de los intereses materiales, ¿bastará una rápida ojeada, sin leer, sin profundizar, sin discurrir para decidirse en cuestion tan vital como es la de la verdad ó falsedad de la religion? ¿No seria objeto de la irrision de los hombres entendidos la audacia ó atrevimiento de aquel hombre, que sin exámen de ninguna especie, quisiese decidir una cuestion de ciencia? Pues ved aquí lo que se hace en materia de religion.

Creo que vuestra razon y buen juicio, os hará conocer la verdad de cuanto voy diciendo. Oye un jóven una cuestion habida entre dos personas, de las cuales la una defiende la religion y la otra la combate; hácele gracia el chiste con que el segundo hizo armas para la cuestion, y sin mas, empieza á titubear, y á pesar de no ser capaz de conocer la diferencia real que hay entre la verdad y el error, y de no haber manejado un libro, decídese por lo que mas le conviene para vivir sin sujecion, y pasa á ser incrédulo, y niega sin temor ni ambaje lo que creyeron y veneraron

hombres sapientísimos, que pasaron la mayor parte de su vida en la meditacion y el estudio. ¿Qué es para ellos un San Agustin, un San Gerónimo, un San Juan Crisóstomo? ¿Qué la creencia casi universal de diez y nueve siglos?... ¡Ah! Desean saber, desean ilustrarse, y para ello, para conseguir su objeto, buenas son las obras de Rousseau, de Voltaire, de Proudhon, ó de alguno de los discípulos de tan infernales escuelas. El florido estilo de sus autores les encanta, sus bellas pinturas les embelesan; fueron filósofos, y filósofos no como quiera, sino de nombradía aunque funesta, y esto les basta. ¿Qué dicen? ¿Acaso que Jesucristo fué un personaje fantástico ó tal vez un embaucador? ¿Qué, los milagros que nos refiere el Evangelio, obrados por El, son invenciones de sus discípulos para buscar seguidores de la nueva doctrina? ¿Tal vez canonizan el vicio y llaman heroina digna de la sociedad á la mujer que pierde con el honor la vergüenza? ¿O por ventura se rien de la espiritualidad é inmortalidad del alma? Nada importa. Lo dicen esos filósofos, y deben ser creídos, porque no se habian de equivocar hombres tan profundos en las ciencias, y que lograron un crecido número de discípulos. Nada es, pues, para los que abrazan las doctrinas de la incredulidad que hombres mas científicos y mas honrados que aquellos filósofos, hayan combatido sus sofismas haciendo resplandecer la verdad.

Tal es, mis hermanos, el modo de discurrir, tal es la ilustracion de la incredulidad, ni tan solamente en los jóvenes, sino en muchos que no lo son, y que debian hacer mejor uso de la razon que el Señor les ha concedido. ¿Podrán ignorar los impíos incrédulos, que

todas esas obras donde aprendieron esas teorías porque se guian, han sido valerosamente refutadas? ¿Podrán ignorar que la Iglesia de Jesucristo tiene sus padres y doctores, sus célebres apologistas, que han hecho de ella y de su moral la mas concienzuda defensa? Pues bien: si el vicio no les guiara, si el motivo de abrazar las teorías de la incredulidad no fuera su deseo de vivir sin leyes y sujecion, ¿qué cosa mas natural, mas lógica, mas arreglada y conforme á la recta razon, que ya que han bebido en tan corrompidas fuentes, se dedicasen á leer las obras que refutan á aquellas para poder discernir despues con madurez y conciencia? ¡Ah! Que si así lo hicieran esos que se jactan de impiedad, habria por cierto muy pocos incrédulos, porque por el exámen razonado, vendrian á encontrar la verdad.

¿Qué diriais vosotros incrédulos, si algunos hay entre mis oyentes, si viereis á un juez que porque en su presencia han acusado á un hombre de haber cometido un homicidio, le condenase á muerte sin oírle, sin informarse del hecho y de sus circunstancias? No podriais menos de escandalizaros, de decir que era juez perverso ó ignorante aquel que fallaba una causa sin seguir los trámites de la ley, sin escuchar al reo. Pues este mismo escándalo causais vosotros con vuestra conducta, peor sin comparacion que la de aquel juez. Vosotros creiais en la religion que os recibió en su seno, derramando sobre vuestras cabezas el agua de su bautismo, y le erais fieles amándola y repestándola, vino un calumniador, os presentó como falso lo que es verdad, os dijo que sus leyes eran invenciones puramente humanas, y que la sujecion de vuestras pasiones, que os prescribe, no

procede de Dios, sino del fanatismo de los ministros de la misma religion: lejos de oir vosotros á ambas partes, es decir, lejos de interrogar á la misma religion que os contestará por sus doctores, y satisfará vuestras dudas, porque la religion no huye de la discusion, toda vez que de ella no puede resultarle sino señalados triunfos, pronunciais la sentencia, declarais que es falsa y decididamente quedais matriculados en la escuela de la incredulidad. ¿Sois ó no en este caso peores que aquel juez de quien os escandalizásteis? Bien podeis, pues, avergonzaros y esconder vuestros rostros, en el convencimiento de que vuestra incredulidad no es ilustrada, no es otra cosa que un producto de vuestros vicios y pasiones, un efecto de un entendimiento débil y enfermizo.

Repito, mis hermanos, por el convencimiento en que estoy, que si precediera el exámen concienzudo no tendríamos que lamentar tanta impiedad, tanta incredulidad como existe entre nosotros. Habrá un apasionado por las doctrinas de Lutero, pero yo estoy en la persuasion de que si este seguidor de su escuela, partidario del protestantismo, tratase verdaderamente de ilustrarse y examinar la verdad ó falsedad de la llamada Iglesia reformada, y para ello se informase de quién fué el reformador Lutero, de sus costumbres, motivos que tuvo ó causas que le impelieron á llevar á cabo su obra, si estudiase en la historia el origen del desarrollo del protestantismo en Inglaterra, y qué causa movió á Enrique VIII para abrazarle, abandonando la Iglesia católica, prontamente si su cerebro no estaba enfermo, vendria en el conocimiento de la verdad y se acogeria á los brazos del Catolicismo. Y no podian menos de hacerlo así, al ver que el fa-

moso reformador fué un escandaloso apóstata de la religion, inmoral como él solo, entregado á los vicios, y que se apartó de su madre la Iglesia por un efecto de su soberbia y desmedida ambicion, y que el pérfido y lascivo monarca que antes se honraba con el título de defensor de la fé, abrazó su doctrina y la introdujo en su reino porque el Sumo Pontífice, representante de Jesucristo, se negó justamente á concederle sus sacrílegas peticiones.

Si los límites de un discurso de esta naturaleza me lo permitieran, detendríame gustoso en examinar el origen y progresos de las doctrinas de otros heresiarcas, y nuestro exámen crítico siempre nos daria por resultado que los vicios engendran la incredulidad: pero no siéndome esto posible, concluiré por exhortaros á que permanezcais firmes en la religion católica, en que habeis tenido la dicha de nacer y ser educados. No deis oidos á la voz de la impiedad; permaneced firmes en la fé, sin olvidar que el que no cree, ya está juzgado. Vosotros deseais encontrar el camino de la verdadera felicidad, teneis sed de doctrina, pues no titubear, y dad oidos á la voz de Jesucristo, que os dice: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat*. Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Porque en efecto, cristianos, cualquier otra fuente que no sea la doctrina de Jesucristo, nuestro Salvador y Maestro, no puede dar mas que aguas pestíferas y corrompidas. Fuera de Jesucristo, no hay verdad, no hay salvacion. Adórmole en espíritu y verdad, sigamos constantes en su doctrina y religion, sin apartarnos ni un momento de ella, para conseguir las recompensas ofrecidas á los que perseveran hasta el fin, que es la salvacion. *Qui perseveraverit usque in finem hic salvus erit. Amen.*